



HISTORIA
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

Nacimiento de Gil Blas, y su educacion.



BLAS de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los ejércitos de la monarquía española, se retiró al lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habia casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por ama de gobierno, y mi padre por escudero. Como no tenian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tío, que era canónigo de aquella iglesia. Llamábase Gil Perez: era hermano mayor de mi madre, y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion, lector mio, un hombre pequeño, de tres piés y medio de estatura, extraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y he aquí la *vera effigies* de mi tío. Por lo demas era un eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida, quiero decir en comer y en tratarse bien, para lo cual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.

Llevóme á su casa cuando yo era niño, y se encargó de mi educacion. Parecióle desde luego tan despejado, que resolvió cultivar mi talento.

Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer. También hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraria; pero el pobre Gil Perez se vió precisado á ponerme bajo la férula de un preceptor, y me envió al doctor Godinez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela, que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los autores griegos, y suficientemente los poetas latinos. Apliquéme despues á la lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenia á los que encontraba, conocidos ó no conocidos, para proponerles cuestiones y argumentos. Topábame á veces con algunos manteistas, que no apetecian otra cosa, y entonces era el oírnos disputar. ¡Qué voces! ¡qué patadas! ¡qué gestos! ¡qué contorsiones! ¡qué espumarajos en las bocas! Mas pareciamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en toda la ciudad. A mi tío se le caía la baba, y se lisonjeaba infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion presto dejaria de tenerme sobre sus costillas. Díjome un dia:—Hola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto á enviarte á la universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dejarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viage te daré algun dinero y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero, hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.

No podia mi tío proponerme cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo: sin embargo, supe vencerme, y disimular mi alegría. Cuando llegó la hora de marchar, solo me mostré afligido del sentimiento de separarme de un tío á quien debia tantas obligaciones: enterneciósese el buen señor, de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leído ó penetrado lo que pasaba en lo íntimo de mi corazón. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los cuales no anduvieron escasos en materia de consejos. Eshortáronme á que todos los dias encomendáse á Dios á mi tío, á vivir cristianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, y mucho menos á tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la ciudad.



CAPÍTULO II.

De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñafior, lo que hizo cuando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.



MÉTEME aquí ya fuera de Oviedo, camino de Peñafior, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una mala mula, y de cuarenta buenos ducados, sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tío. La primera cosa que hice fué dejar la mula á discrecion, esto es, que anduviese al paso que quisiese. Echéla el freno sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegría: jamas me habia visto con tanto dinero junto: no me hartaba de verle, tocarle y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, cuando la mula alzó de repente la cabeza en aire de espantadiza, aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa, y ecsaminé lo que podia ser. Ví en medio del camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa; y al mismo tiempo oí una voz lastimosa, que pronunció estas palabras:—*Señor pasagero, tenga vd. piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos hácia donde venia la voz, y ví al pié de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció mas larga que una lanza, con la cual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme estrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y bonitamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos reales, los fuí echando poco á poco, y uno á uno en el sombrero destinado para recibir la limosna de los cristianos cobardes y ate-

morizados, á fin de que conociese el soldado que yo me portaba noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad, y dióme tantas gracias como yo espolazos á la mula, para que cuanto antes me alejase de él; pero la maldita bestia, burlándose de mi impaciencia, no por eso caminaba mas apriesa. La vieja costumbre de caminar paso á paso bajo el gobierno de mi tío la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viage. Veía que aun no estaba en Salamanca, y que me podian suceder otras peores. Parecióme que mi tío habia andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho; pero le parecia que dándome su mula gastaria menos en el viage; lo cual le hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me esponia. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñaflores, si tenia la dicha de llegar á aquel lugar, y ajustarme con un arriero hasta Astorga, haciendo lo mismo con otro desde Astorga á Salamanca. Aunque nunca habia salido de Oviedo, sabia los nombres de todos los lugares por donde habia de pasar, habiéndome informado de ellos antes de ponerme en camino.

Llegué felizmente á Peñaflores, y me paré á la puerta de un meson, que tenia bella apariencia. Apénas eché pié á tierra, cuando el mesonero me salió á recibir con mucha cortesía. Él mismo desató mi maleta y mis alforjas, cargó con ellas, y me condujo á un cuarto mientras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias, tan fácil en contar sin necesidad todas sus cosas, como curioso en informarse de las ajenas. Díjome que se llamaba Andres Corzuelo, y que habia servido al rey muchos años de sargento; y se habia retirado quince meses hacia, por casarse con una moza de Castropol, que era buen bocado, aunque algo morena. Y despues me refirió otra infinidad de cosas, que tanto importaba saberlas, como ignorarlas. Hecha esta confianza, juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma, me preguntó quién era, de dónde venia, y á dónde caminaba. A todo lo cual me consideré obligado á responder artículo por artículo, puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia, suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó insensiblemente en una larga conversacion con él, en la cual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula y proseguir el viage con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó diciéndome que, si queria vender la mula, él conocia un muletero, hom-

bre muy de bien, que acaso la compraria. Respondile me daria gusto en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarme mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entramos en el corral donde habian sacado mi mula. Paseáronla y repaseáronla delante del muletero, que con grande atencion la ecsaminó de piés á cabeza. Púsole mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tampoco podia decir de ella mucho bien; pero lo mismo diria aunque fuera la mula del papa. Protestaba que tenia cuantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del mesonero, que sin duda tenia sus razones para conformarse con el suyo. Ahora bien, me preguntó friamente el chalan, ¿cuánto pide vd. por su mula? Yo, que la daria de balde despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la testacion del señor Corzuelo, que me parecia hombre honrado, inteligente y sincero, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombría de bien y su conciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme picándose de hombre de bien y timorato, que, habiendo interesado su conciencia, le tocaba en lo mas vivo, y en lo que mas le dolia, porque al fin este era su lado flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mi tío la habia valuado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados, que me entregó, y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan ventajosamente de mi mula, el mesonero me condujo á casa de un arriero que el dia siguiente habia de partir á Astorga. Díjome éste que pensaba salir antes de amanecer, y que él tendria cuidado de despertarme. Quedamos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho, y yo me volví al meson en compañía de Corzuelo, el cual en el camino me comenzó á contar toda la historia del arriero. Encajóme cuanto se decia de él en la villa; y aun llevaba traza de continuar aturdiéndome con sus impertinentes habladurías, cuando por fortuna le interrumpió un hombre de buen aspecto, que se acercó á él, y le saludó con mucha urbanidad. Dejélos á los dos, y proseguí mi camino, sin pasarme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversacion.

Luego que llegué al meson, pedí de cenar. Era dia de viérnes, y me contenté con huevos. Mientras los disponian trabé conversacion con la mesonera, que hasta entónces no se habia dejado ver. Parecióme bastante linda, de modales muy desembarazados y vivos. Cuando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla, me senté á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, he aquí que entra el mesonero, en com-

pañía de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podia tener treinta años, traía al lado un largo chafarote. Acercándose á mí con cierto aire alegre y apresurado: señor licenciado, me dijo, acabo de saber que vd. es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la filosofía. ¿Es posible que sea vd. aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublime, cuya reputacion es tan grande en todo este pais? Vosotros no sabeis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues hácia mí, y echándome los brazos al cuello:—Escuse vd., me dijo, mis arrebatos; no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apenas me dejaba libre la respiracion; pero luego que desembaracé un poco la cabeza, le dije: Nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñafior. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos registro de todos los grandes personajes que nacen á veinte leguas en contorno. Vd. está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia dará á España tanta gloria el haberle producido, como á la Grecia el ser madre de sus siete sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo, que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Anteo¹. Por poca esperencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dejaria ser el dominguillo de sus demostraciones, ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y escesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos truhanes pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real; y así le convidé á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente; y estoy muy agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo por hacer compañía á vd., comiendo algunos becados meramente por complacerle, y por mostrar cuanto aprecio sus finezas.

Sentóse en frente de mí el señor mi panegirista. Trajéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia, y con tanta precipitacion, como si hubiera estado tres dias sin comer. Por el gusto con que la comia

¹ Que fué ahogado por Hércules de un abrazo.



conocí que presto daría cuenta de ella. Mandé se hiciese otra, lo que se ejecutó al instante: pusiéronla en la mesa cuando acabábamos, ó por mejor decir cuando mi huésped acababa de engullirse la primera. Sin embargo, comía siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadía sin cesar alabanzas sobre alabanzas, las cuales me sonaban bien, y me hacían estar muy contento de mi personilla. Bebia frecuentemente, brindando unas veces á mi salud, y otras á la de mi padre y de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. Con efecto, no correspondía yo mal á sus repetidos brindis; con lo cual y con sus adulaciones me sentí de tan buen humor que, viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenía algún pescado. El señor Corzuelo, que según todas las apariencias se entendía con el petardista, respondió:—Tengo una excelente trucha, pero costará cara á los que la coman, y es bocado demasadamente delicado para vd.—¿Qué llama vd. *demasadamente delicado*? replicó mi adulator. Traiga vd. la trucha, y descuide de lo demás. Ningun bocado, por regalado que sea, es demasiado bueno para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto aire las últimas palabras del mesonero, en lo cual no hizo más que anticipármelo. Díme por ofendido, y dije con enfado al mesonero:—Venga la trucha, y otra vez piense más en lo que dice. El mesonero, que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha, y presentóla en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegría los ojos del taimado, que dió mayores pruebas del deseo que tenía de complacerme, es decir, que se abalanzó al pez del mismo modo que se había arrojado á las tortillas. No obstante se vió precisado á rendirse, temiendo algún accidente, porque se había hartado hasta el gollete. En fin, después de haber comido y bebido hasta más no poder, quiso poner fin á la comedia.—Oh señor Gil Blas, me dijo alzándose de la mesa, estoy tan contento de lo bien que vd. me ha tratado, que no le puedo dejar sin darle un importante consejo, del que me parece tiene no poca necesidad. Desconfie por lo común de todo hombre á quien no conozca; y esté siempre muy sobre sí para no dejarse engañar de las alabanzas. Podrá vd. encontrar con otros que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen más adelante. No sea vd. su hazmereir, y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis bigotes, y volviómelo las espaldas.

Sentí tanto esta burla como cualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron después. No hallaba consuelo viéndome burlado tan gro-

seramente, ó, por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. ¡Es posible, me decia yo, que aquel traidor se hubiese burlado de mí! ¡Pues qué! ¡solamente buscó al mesonero para sonsacarle, ó estaban ya de inteligencia los dos? ¡Ah, pobre Gil Blas! muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la cual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de ecshortarme á que no engañase á nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno me dejase engañar. Agitado de estos amargos pensamientos, y encendido en cólera, me encerré en mi cuarto, y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apenas habia cerrado los ojos, cuando el arriero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y mientras me estaba vistiendo vino Corzuelo con la cuenta del gasto, en la cual no se olvidaba la trucha; y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino que, mientras le pagaba el dinero, tube el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pasado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al petardista, al mesonero y al meson.



CAPÍTULO III.

De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en qué paró, y cómo Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila.



O era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflor; un muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo, un caballere de Astorga, y una jóven del Vierzo con quien acababa de casarse. En muy poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó á dónde iba, y de dónde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan morena y de tan poca gracia, que no me daba mucho gusto el mirarla: con todo eso, sus pocos años y su robustez inclinaron hácia ella el arriero, tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo, y dilató la ejecucion hasta la última posada. Esta fué en Cacabelos. Hízonos apeaar en un meson que está á la entrada del lugar, esto es, un poco fuera de él, cuyo mesonero sabia él muy bien que era un hombre callado, y amigo de complacer. Dispuso que nos condujese á un cuarto muy retirado, donde nos dejó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando; y mirándonos á todos con ojos centellantes:—¡Por vida de quien soy! dijo, que me han hurtado cien doblones que traia en una bolsa de cuero, y por fuerza han de parecer. Ahora, ahora me voy derecho al juez, para que dé tormento á todos, hasta que se descubra el ladron, y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un aire muy natural, nos volvió apresuradamente y con enfado las espaldas, dejándonos atónitos, mirándonos los unos á los otros.

A ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavía no nos podiamos conocer bien; antes sí sospeché yo que el ladron

Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer. También hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraria; pero el pobre Gil Perez se vió precisado á ponerme bajo la férula de un preceptor, y me envió al doctor Godinez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela, que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los autores griegos, y suficientemente los poetas latinos. Apliquéme despues á la lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenia á los que encontraba, conocidos ó no conocidos, para proponerles cuestiones y argumentos. Topábame á veces con algunos manteistas, que no apetecian otra cosa, y entonces era el oírnos disputar. ¡Qué voces! ¡qué patadas! ¡qué gestos! ¡qué contorsiones! ¡qué espumarajos en las bocas! Mas pareciamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en toda la ciudad. A mi tío se le caía la baba, y se lisonjeaba infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion presto dejaria de tenerme sobre sus costillas. Díjome un dia:—Hola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto á enviarte á la universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dejarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viage te daré algun dinero y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero, hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.

No podia mi tío proponerme cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo: sin embargo, supe vencerme, y disimular mi alegría. Cuando llegó la hora de marchar, solo me mostré afligido del sentimiento de separarme de un tío á quien debia tantas obligaciones: enterneciósese el buen señor, de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leído ó penetrado lo que pasaba en lo íntimo de mi corazón. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los cuales no anduvieron escasos en materia de consejos. Eshortáronme á que todos los dias encomendáse á Dios á mi tío, á vivir cristianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, y mucho menos á tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la ciudad.



CAPÍTULO II.

De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñafior, lo que hizo cuando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.



MÉTEME aquí ya fuera de Oviedo, camino de Peñafior, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una mala mula, y de cuarenta buenos ducados, sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tío. La primera cosa que hice fué dejar la mula á discrecion, esto es, que anduviese al paso que quisiese. Echéla el freno sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegría: jamas me habia visto con tanto dinero junto: no me hartaba de verle, tocarle y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, cuando la mula alzó de repente la cabeza en aire de espantadiza, aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa, y ecsaminé lo que podia ser. Ví en medio del camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa; y al mismo tiempo oí una voz lastimosa, que pronunció estas palabras:—*Señor pasagero, tenga vd. piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos hácia donde venia la voz, y ví al pié de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció mas larga que una lanza, con la cual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme estrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y bonitamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos reales, los fuí echando poco á poco, y uno á uno en el sombrero destinado para recibir la limosna de los cristianos cobardes y ate-

morizados, á fin de que conociese el soldado que yo me portaba noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad, y dióme tantas gracias como yo espolazos á la mula, para que cuanto antes me alejase de él; pero la maldita bestia, burlándose de mi impaciencia, no por eso caminaba mas apriesa. La vieja costumbre de caminar paso á paso bajo el gobierno de mi tío la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viage. Veía que aun no estaba en Salamanca, y que me podian suceder otras peores. Parecióme que mi tío habia andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho; pero le parecia que dándome su mula gastaria menos en el viage; lo cual le hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me esponia. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñaflores, si tenia la dicha de llegar á aquel lugar, y ajustarme con un arriero hasta Astorga, haciendo lo mismo con otro desde Astorga á Salamanca. Aunque nunca habia salido de Oviedo, sabia los nombres de todos los lugares por donde habia de pasar, habiéndome informado de ellos antes de ponerme en camino.

Llegué felizmente á Peñaflores, y me paré á la puerta de un meson, que tenia bella apariencia. Apenas eché pié á tierra, cuando el mesonero me salió á recibir con mucha cortesía. Él mismo desató mi maleta y mis alforjas, cargó con ellas, y me condujo á un cuarto mientras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias, tan fácil en contar sin necesidad todas sus cosas, como curioso en informarse de las ajenas. Díjome que se llamaba Andres Corzuelo, y que habia servido al rey muchos años de sargento; y se habia retirado quince meses hacia, por casarse con una moza de Castropol, que era buen bocado, aunque algo morena. Y despues me refirió otra infinidad de cosas, que tanto importaba saberlas, como ignorarlas. Hecha esta confianza, juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma, me preguntó quién era, de dónde venia, y á dónde caminaba. A todo lo cual me consideré obligado á responder artículo por artículo, puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia, suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó insensiblemente en una larga conversacion con él, en la cual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula y proseguir el viage con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó diciéndome que, si queria vender la mula, él conocia un muletero, hom-

bre muy de bien, que acaso la compraria. Respondile me daria gusto en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarme mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entramos en el corral donde habian sacado mi mula. Paseáronla y repaseáronla delante del muletero, que con grande atencion la ecsaminó de piés á cabeza. Púsole mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tampoco podia decir de ella mucho bien; pero lo mismo diria aunque fuera la mula del papa. Protestaba que tenia cuantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del mesonero, que sin duda tenia sus razones para conformarse con el suyo. Ahora bien, me preguntó friamente el chalan, ¿cuánto pide vd. por su mula? Yo, que la daria de balde despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la testacion del señor Corzuelo, que me parecia hombre honrado, inteligente y sincero, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombría de bien y su conciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme picándose de hombre de bien y timorato, que, habiendo interesado su conciencia, le tocaba en lo mas vivo, y en lo que mas le dolia, porque al fin este era su lado flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mi tío la habia valuado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados, que me entregó, y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan ventajosamente de mi mula, el mesonero me condujo á casa de un arriero que el dia siguiente habia de partir á Astorga. Díjome éste que pensaba salir antes de amanecer, y que él tendria cuidado de despertarme. Quedamos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho, y yo me volví al meson en compañía de Corzuelo, el cual en el camino me comenzó á contar toda la historia del arriero. Encajóme cuanto se decia de él en la villa; y aun llevaba traza de continuar aturdiéndome con sus impertinentes habladerías, cuando por fortuna le interrumpió un hombre de buen aspecto, que se acercó á él, y le saludó con mucha urbanidad. Dejélos á los dos, y proseguí mi camino, sin pasarme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversacion.

Luego que llegué al meson, pedí de cenar. Era dia de viérnes, y me contenté con huevos. Mientras los disponian trabé conversacion con la mesonera, que hasta entónces no se habia dejado ver. Parecióme bastante linda, de modales muy desembarazados y vivos. Cuando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla, me senté á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, he aquí que entra el mesonero, en com-

pañía de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podia tener treinta años, traía al lado un largo chafarote. Acercándose á mí con cierto aire alegre y apresurado: señor licenciado, me dijo, acabo de saber que vd. es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la filosofía. ¿Es posible que sea vd. aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublime, cuya reputacion es tan grande en todo este pais? Vosotros no sabeis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues hácia mí, y echándome los brazos al cuello:—Escuse vd., me dijo, mis arrebatos; no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apenas me dejaba libre la respiracion; pero luego que desembaracé un poco la cabeza, le dije: Nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflo. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos registro de todos los grandes personajes que nacen á veinte leguas en contorno. Vd. está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia dará á España tanta gloria el haberle producido, como á la Grecia el ser madre de sus siete sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo, que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Anteo¹. Por poca esperencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dejaria ser el dominguillo de sus demostraciones, ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y escesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos truhanes pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real; y así le convidé á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente; y estoy muy agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo por hacer compañía á vd., comiendo algunos becados meramente por complacerle, y por mostrar cuanto aprecio sus finezas.

Sentóse en frente de mí el señor mi panegirista. Trajéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia, y con tanta precipitacion, como si hubiera estado tres dias sin comer. Por el gusto con que la comia

¹ Que fué ahogado por Hércules de un abrazo.



conocí que presto daría cuenta de ella. Mandé se hiciese otra, lo que se ejecutó al instante: pusiéronla en la mesa cuando acabábamos, ó por mejor decir cuando mi huésped acababa de engullirse la primera. Sin embargo, comía siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadía sin cesar alabanzas sobre alabanzas, las cuales me sonaban bien, y me hacían estar muy contento de mi personilla. Bebia frecuentemente, brindando unas veces á mi salud, y otras á la de mi padre y de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. Con efecto, no correspondía yo mal á sus repetidos brindis; con lo cual y con sus adulaciones me sentí de tan buen humor que, viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenía algún pescado. El señor Corzuelo, que según todas las apariencias se entendía con el petardista, respondió:—Tengo una excelente trucha, pero costará cara á los que la coman, y es bocado demasíadamente delicado para vd.—¿Qué llama vd. *demasíadamente delicado*? replicó mi adulator. Traiga vd. la trucha, y descuide de lo demás. Ningun bocado, por regalado que sea, es demasiado bueno para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto aire las últimas palabras del mesonero, en lo cual no hizo más que anticipármelo. Díme por ofendido, y dije con enfado al mesonero:—Venga la trucha, y otra vez piense más en lo que dice. El mesonero, que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha, y presentóla en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegría los ojos del taimado, que dió mayores pruebas del deseo que tenía de complacerme, es decir, que se abalanzó al pez del mismo modo que se había arrojado á las tortillas. No obstante se vió precisado á rendirse, temiendo algún accidente, porque se había hartado hasta el gollete. En fin, después de haber comido y bebido hasta más no poder, quiso poner fin á la comedia.—Oh señor Gil Blas, me dijo alzándose de la mesa, estoy tan contento de lo bien que vd. me ha tratado, que no le puedo dejar sin darle un importante consejo, del que me parece tiene no poca necesidad. Desconfie por lo común de todo hombre á quien no conozca; y esté siempre muy sobre sí para no dejarse engañar de las alabanzas. Podrá vd. encontrar con otros que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen más adelante. No sea vd. su hazmereir, y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis bigotes, y volviómelo las espaldas.

Sentí tanto esta burla como cualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron después. No hallaba consuelo viéndome burlado tan gro-

seramente, ó, por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. ¡Es posible, me decia yo, que aquel traidor se hubiese burlado de mí! ¡Pues qué! ¡solamente buscó al mesonero para sonsacarle, ó estaban ya de inteligencia los dos? ¡Ah, pobre Gil Blas! muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la cual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de ecshortarme á que no engañase á nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno me dejase engañar. Agitado de estos amargos pensamientos, y encendido en cólera, me encerré en mi cuarto, y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apenas habia cerrado los ojos, cuando el arriero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y mientras me estaba vistiendo vino Corzuelo con la cuenta del gasto, en la cual no se olvidaba la trucha; y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino que, mientras le pagaba el dinero, tube el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pasado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al petardista, al mesonero y al meson.



CAPÍTULO III.

De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en qué paró, y cómo Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila.



O era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflor; un muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo, un caballere de Astorga, y una jóven del Vierzo con quien acababa de casarse. En muy poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó á dónde iba, y de dónde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan morena y de tan poca gracia, que no me daba mucho gusto el mirarla: con todo eso, sus pocos años y su robustez inclinaron hácia ella el arriero, tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo, y dilató la ejecucion hasta la última posada. Esta fué en Cacabelos. Hízonos apeaar en un meson que está á la entrada del lugar, esto es, un poco fuera de él, cuyo mesonero sabia él muy bien que era un hombre callado, y amigo de complacer. Dispuso que nos condujese á un cuarto muy retirado, donde nos dejó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando; y mirándonos á todos con ojos centellantes:—¡Por vida de quien soy! dijo, que me han hurtado cien doblones que traia en una bolsa de cuero, y por fuerza han de parecer. Ahora, ahora me voy derecho al juez, para que dé tormento á todos, hasta que se descubra el ladron, y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un aire muy natural, nos volvió apresuradamente y con enfado las espaldas, dejándonos atónitos, mirándonos los unos á los otros.

A ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavía no nos podiamos conocer bien; antes sí sospeché yo que el ladron